

TRASQUILA

¿INFECCION, COLONIZACION O METASTASIS?

Héctor Castillo Juárez

Hace unos meses en una mesa de discusión que realiza todos los miércoles el periodista José Gutiérrez Vivó en Radio Monitor, la destacada politóloga Denise Dresser expresaba que cuando no se tienen claras las posibles causas que explican la conducta humana en el quehacer político (aunque no sólo en éste), es una práctica común salirse por la tangente y atribuir dichas causas a “razones culturales”. El apunte que hiciera Denise aquella mañana tenía que ver no con el hecho de que sea un argumento falaz sino con lo vago del mismo. ¿Hay otras causas distintas a las culturales? Al expresarlo de esa manera lo que hacemos es simplemente atribuir estas causas a nuestra condición de seres humanos en un contexto temporal y espacial cualquiera sin entender ni siquiera de modo superficial por qué ocurren las cosas de esa manera. En efecto, desde esta vaga perspectiva e interesante cara de la incompreensión, podría uno sentirse tentado a presentar el resultado electoral del pasado dos de julio de 2006 como una evidencia más de lo que producen nuestras añejas prácticas culturales. Tal vez podría uno decirlo, las cosas pasan de esa forma porque México es un país con apenas 4 años de educación básica en el medio rural y menos de 9 años en el medio urbano. Puede también sonar vago, es cierto, pero la conducta humana es producto de una mezcla de intereses, necesidades, esperanzas y ambiciones que dependen del nivel de educación de una sociedad. Un país como México, sin educación a secas y sin educación ciudadana en particular, no se constituye de ciudadanos libres, sino de grupos sociales que pueden manipularse en función de sus diversas necesidades, intereses, ambiciones y prejuicios. Estos grupos se aglutinan por ende en formas diversas que van desde los sindicatos y organismos empresariales, por citar dos ejemplos de organizaciones que suelen confrontarse por razones evidentes, hasta las llamadas (de manera racista y peyorativa) tribus perredistas así como la tristemente célebre derecha conservadora y antidemocrática de Provida y el Yunque. Pero no sólo se hallan en estos espacios. Requieren del control de los medios impresos y electrónicos para perpetuarse. Por ello son también sus dueños y contratan a sus plumas y voceros. Hay que decirlo. Los medios son también parte del viejo sistema. En ellos vive el espíritu del dinosaurio.

¿Qué les hace a todos estos grupos mencionados ser tan diferentes y similares a la vez? ¿Qué ocurrió en el proceso de conquista que nos llevó a un sincretismo que rescató las violencias de las hordas que enviadas desde España sometieron a fuego y ultraje a los indios de nuestro continente, pero que también hizo suya la brutalidad y autoritarismo que eran parte de una cultura indígena dominante en aquel México precolombino? No podría decirse atinadamente que se nos quedó en la sangre. Se nos quedó más bien en la costumbre porque al final *la educación se mama*. Porque los conquistadores que se mezclaron con las mujeres indígenas

eran, en su mayoría personas de una muy pobre educación. La consigna en la conquista implicó el exterminio de la cultura que dominaba en aquellos días esta parte del continente que hoy es nuestro país. Por ello impusieron sus dioses a tal grado que sepultaron los templos indígenas para construir sus iglesias sobre los mismos, superponiendo historias, traslapando mitos, supersticiones y prejuicios, apelando a sus miedos e ignorancia que, de un modo u otro, la ausencia de educación supo preservar. Creced y multiplicaos, dice la sentencia, llena de ironía. Por ello el Yunque panista, los grupos de Provida, las tribus perredistas, las hordas madracistas y la sólida estructura pestilente del PRI, los niños verdes que son ya maduros arbustos de la corrupción, la Nueva Alianza de Elba Esther que tiene de nuevo sólo el rostro, y los grupos del PT y Convergencia que como rémoras o mercenarios venden su alianza al mejor postor, los líderes campesinos que intentaron prostituir a Alternativa vendiendo al Doctor Simi la posibilidad de hacerle candidato de un partido que había que hacer nacer para luego pensar que hacer con la criatura y no al revés, pero también y como dueños del recurso que fluye de todas las cloacas están ahí los medios entregados al imperio del poder. Sí, hay que decirlo y reconocerlo para poder extirpar ese mal: todos ellos comparten el vacío que prohija la ausencia de educación.

Cuando los conquistadores españoles, los portugueses y los ingleses arribaron al continente americano, vinieron a colonizarle. Era entonces precisa, léase necesaria, la brutalidad. Pero también la ignorancia. Los soldados, los guerreros obedecen. Si es posible exaltar en ellos el sentimiento de pertenencia, el sentimiento patrio es aún mejor para traducir y convertir un proceso ignominioso en un acto de heroísmo. Igual que las bombas que ahora caen sobre Irak. Igual. Sólo que no basta aplastar. La conquista para que sea brutal y exitosa requiere evitar el exterminio. No se izan las banderas donde nadie pueda verlas. Por ello la aceptación del mito ese del cadete de 20 años, de nombre Juan Escutia, que en 1847 muriera envuelto en nuestra bandera en el Castillo de Chapultepec ante la invasión norteamericana.

Por eso, un pueblo que ha vivido sojuzgado más por la falta de educación que por las acciones de sus gobernantes, quienes al final también son víctimas de esta ausencia, termina por reproducir la ignorancia y la pobreza como un círculo vicioso. En ese sentido, nuestra historia nos enseña que para poder perpetuar ese sistema basado en la pobreza de la educación en México de manera institucional hubo que incubarle, conscientemente o no, en el primer proyecto: el PRI. Un proyecto que no sólo supo dominar por completo el escenario político por 71 años en la presidencia y en algunos estados del país por ocho décadas, más las que se acumulen en sus gubernaturas, sino que al irse fracturando en el tiempo, ha ido colonizando e infectando los otros proyectos partidarios, sin dejar un solo partido libre de esta desgracia cultural: la diseminación de la ignorancia, que es la hija única de la falta de educación.

En efecto amigo lector. Los viejos vicios se adquieren como prácticas culturales pero requieren de un ambiente propicio para ello. Como los gérmenes infecciosos requieren de hospedadores susceptibles, las metástasis que emigran del PRI para

convertirse supuestamente en demócratas, cuando no en nuevos héroes en el PAN, PRD, etc., requieren de ambientes propicios abonados por la falta de educación en general y educación cívica en particular. Requieren que sea un hecho la ovina propensión a vestir de un color partidario (el que sea, eso da igual) y no cuestionarse la posible ventaja que daría ser un ciudadano libre educado y vestido de modo multicolor. Por ello, los vicios se reproducen, como la historia reciente nos muestra en el Guanajuato entusiasmado por el azul o en el Distrito Federal maravillado por el amarillo. A pesar de que aflora la corrupción (literalmente) a diestra y siniestra en ambos escenarios. Porque un pueblo sin educación no entiende las ventajas que da la alternancia en un sistema democrático tanto en términos de desempeño como por la competencia. Por eso, los azules y los amarillos festejan en pleno 2006, a grito pelado y sin rubor alguno haber conquistado aquello contra lo que antaño lucharon: la presencia de un grupo enquistado en el poder que festejaba como logro institucional el llamado *carro completo*. En efecto, lector amigo. Lo que en el fondo celebran estos nuevos dinosauritos es, para nuestra desgracia, la cancelación de la otredad.

Comentarios al autor: trasquila@hectorcastillo.org

Para Tiempos de Reflexión (Número de Julio de 2006).